

Ramón VILLARES

Exilio republicano y pluralismo nacional

Madrid, Marcial Pons, 2021

Esta obra viene a rellenar un hueco historiográfico quizás insuficientemente desarrollado dentro del del siglo XX español: el de la construcción de identidad/es nacional/es fuera del franquismo. Preguntas pocas veces formuladas, y, sin embargo, tan necesarias.

Villares aborda esta monografía desde la existencia de una realidad social como la española, que desde 1936 hasta 1975 se encuentra rota y dividida, tanto espacial como ideológicamente. Esto no impide que se sigan planteando proyectos de reconstrucción, incluso en aquellos años cincuenta considerados por todos como la ‘travesía en el desierto’ para la oposición a la Dictadura.

Buena parte de estos proyectos de reconciliación, de construcción de identidades comunes democráticas, se establecen sobre la base de focalizar sobre perspectivas con líneas de fuga pendientes de objetivos distantes —véase Europa—, que necesitaban converger. En estos años casi era más importante marcar un camino que caminar. Estos proyectos-fantasma, que como si de un ‘holandés errante’ se tratara en medio de un Guadiana no siempre presente, fueron esenciales, básicos, para entender el proceso de construcción de ese río que nos conduce a los orígenes de la democracia actual. Y la dificultad es máxima, ya que el recorrido que nos plantea el autor resulta totalmente ‘río arriba’. Esfuerzos a contracorriente que en su mayoría tenían escaso eco, pero que conforman una línea constante cada vez más poblada y que van calando en la construcción de esa idea de la ‘inevitabilidad’ de la democracia a la altura de los años setenta. Eso sí, tras la desaparición por muerte natural de la clave maestra de la Dictadura: la legitimidad de la victoria del 36 personificada en el ‘Caudillo’.

Como bien dice Villares ‘el principio fue la guerra’. Y de manera común la siguiente pantalla que aparece es un salto hacia adelante de cuarenta años. Y nos perdemos los orígenes, cómo se edificaron los valores democráticos de esta sociedad. Entonces, ¿cómo fue posible que desde la dictadura, aunque estuviera en sus estertores, se generara esa demanda de construcción de ciudadanía? No es posible entenderlo sin tener en cuenta que el franquismo, a pesar de toda esa asfixiante retórica de la ‘Antiespaña’, conocía y ponderaba la existencia de las acciones en el exterior. En dos razones básicas: porque no podía entenderse el régimen sin acciones de vigilancia extrema, también entre el exilio, y porque el contagio del pensamiento democrático en el interior siempre será motivo de vigilancia, de alerta...

De manera lógica, en el exilio siempre estuvo presente el retorno. Pero no fue el deseado. Como diría Max Aub: ‘he venido, pero no he vuelto’. Y pensaron lo mismo tantos otros y otras... Creadores de una España que debía construirse de manera forzada fuera de su hábitat natural. El franquismo era plenamente consciente de ello, lo cual no implica que tuviera voluntad de revertir la situación. Los análisis de los sectores de la dictadura no presentaban un país ciego y sordo, pero si un sistema de gobierno que se comportaba a voluntad de manera autista. Precisamente en esa siempre permanente esperanza de leves comunicaciones con el interior era bien cuidado, precisamente, no traspasar las líneas rojas que marcaba la dictadura.

Especialmente interesante, y así lo alude Villares, fue el logro de la Conferencia de Munich en junio de 1962. Ese camino que se construía para conseguir reunir a los opositores al franquismo, del interior y el exterior, y que se consigue ‘solo’ una década después de su inicio. Precisamente se lleva adelante a través de un reclamo, la zanahoria que representa para

la dictadura su inserción en Europa. Esa era la baza del exilio. Un régimen que, como sabemos, escucha las reuniones en Munich, y que, tras su término, debate inmediatamente en el Consejo de Ministros con el resultado de acciones punitivas contra los miembros que se habían desplazado desde España allí presentes. Pero lo fundamental es saber por qué un régimen como aquel, que era perfectamente consciente de la reunión, concede las licencias de salida de España. La esencia del régimen: hacer ver quién tiene la sartén por el mango. Que nunca se olvide de dónde procede el poder.

En ese cruce de caminos que significaron los años que van del 76 al 78, la cuestión territorial regresó a escena. Tiempos acelerados: en unos meses, partidos llamados a tener un papel relevante en el desarrollo de la democracia pasaron de partidarios de la autodeterminación a aceptar el Estado de las autonomías. Y siempre flotando en el ambiente esa idea de 'Nación de naciones' de Anselmo Carretero que se reveló como una herramienta más instrumental que práctica. Tanto la inercia de la administración franquista reacondicionada a partido en el poder democrático, como la relativa fuerza de la oposición, tuvieron que acomodar sus posiciones. Y aun así, el reconocimiento expreso en el articulado de la nueva Constitución de las 'nacionalidades históricas' tampoco se pudo llevar adelante, como bien se observó tanto en el caso gallego -en el que solo la presión de la ciudadanía gallega y la sensibilidad de determinados partidos a este tema pudo evitar su paralización- como en el andaluz- obteniendo sorprendentes resultados electorales para acceder a esta vía de privilegio. Hubo que reajustar el mapa inicial. Y, al final, 'café para todos'. Eso sí. En distintas dosis. Aunque, como prueba el profesor Villares, la solución territorial fue motivo de debate durante mucho tiempo, la realidad era que las alternativas de configurar el puzzle de demandas de representación te-

rritorial eran numerosas y de difícil encaje. Ni integral, ni federal... Estado de las autonomías. Para todos. Al final, una adaptación de la configuración provincial del régimen anterior en entidades de mayor representatividad, esperando que el desarrollo futuro las pudiera dotar de carácter propio.

Esta es una obra de largo recorrido, de madura y sosegada reflexión sobre el tema, que busca no convencer, sino exponer las dificultades que esta sociedad tiene con el encaje territorial. Razones que proceden de un tradicional relato del pasado que piensa más en clave de 'imperio' que de 'pluralidad'. Una sociedad que en ocasiones acepta esta diversidad, pero que conserva en su interior fuerzas de carácter centrípeto, de manera basal y cronificada, expresada en actitudes cotidianas. Por mucho que esta espléndida obra intente sacar al exterior estos proyectos de conciliación, debate democrático y reconocimiento de la pluralidad territorial, lo cierto es que la otra realidad también existía. Es más, era la auténtica, no solo porque fuera la oficial, sino porque, como bien dice el autor, 'la fortaleza del franquismo no derivaba solo de un triunfo militar, sino de un apoyo muy notable de la sociedad española' (p. 210). A veces parece que estos proyectos de representación de la pluralidad territorial, estas voluntades y empeños, condujeran inexorablemente al fracaso. Y no. Lo cierto es que lo hicieron porque creían que era posible. Cuatro décadas de frustraciones para aceptar de aquella canción la música, pero no totalmente la letra. Renuncias aceptadas tras el cansancio de muchas generaciones para el objetivo principal: que llegara la democracia.

Emilio Grandío
U. Santiago